

REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 3 DE NOVIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Palabras de Alfonso Reyes en el P. E. N. Club de México.*—Alfonso Reyes, por Antonio Caso.—*El traje azul*, por Luis Tejada.—*Luis Tejada.*—*A los maestros de Costa Rica*, por Gabriela Mistral.—*El oro del Masaya*, por Jorge Lardé.—*Apropósitos*, por César Falcon.—*A los dominicanos*, por F. A. Rojas.—*Acuerdo de los Estudiantes ecuatorianos.*—*Un Juez rural*, por Pedro Pardo.—*Yo soy flamenco*, por el Pbro. Pallais.—*El pensamiento de Guerra Junqueiro* (Concluye), por Luis Araquistain.—*Dos de noviembre*, por J. J. Salas Pérez.—*La Edad de Oro* (Con lecturas para los niños).

Palabras de Alfonso Reyes en el P. E. N. Club de México la noche del 31 de mayo de 1924

(De P. E. N. Mex. México, D. F.)

AMIGOS míos: Vuestra acogida es tan afectuosa, que no encuentro cómo agradecerla. Pero no temáis que me envanezca, equivocando el sentido de este festejo. Sé que es el efecto, ante todo, de un impulso de cordialidad hacia el amigo de la primera juventud que regresa tras larga ausencia, y a quien es grato volver a estrechar la mano y oír contar sus trabajos y su vida. Lo mejor que tenemos los hombres, son los recuerdos, y yo formo parte de los vuestros. Juntos hemos abierto los libros; juntos hicimos algunas campañas por la cultura en México. Y ahora, después de once años, nos une hasta la memoria de los caros ausentes, de nuestros muertos, ya convertidos del todo en cosa propia, porque ya las veleidades del mundo no podrán nunca arrebatárnoslos.

Hace tiempo algunos compañeros leyeron conmigo, en noche inolvidable, el *Banquete de Platón*. Eramos varios, y nos turnábamos en la lectura, según se turnan los personajes del diálogo. Estábamos en el taller de un arquitecto, un taller cuyos balcones daban sobre Plateros. Como dice Gautier en su *Historia del Romanticismo*, «on lisait beaucoup alors dans les ateliers». Afuera, llovía sin ruido. Eramos unánimes, y bebíamos nuestro vino en el mismo vaso.

Permitidme, en este nuevo banquete, hacer votos porque renazca en toda su eficacia primera aquella fraternidad de entonces. Ella nos ha servido a algunos de respaldo moral, a lo largo de tantas vicisitudes y acaso —podemos ya apreciarlo— también ha servido a nuestro país puesto que ha impedido que se pierda el tesoro que recibimos de Justo Sierra, y que hemos de entregar a los que vienen después. Permitidme que repita el mensaje que, hace cuatro años, os envié de Madrid: «Conserváos unidos. Sacad razones de amistad de vuestras diferencias como de vuestras semejanzas. Mañana caeremos en los brazos del tiempo. Opongamos, a la fuerza oscura, la muralla igual de voluntades».

También se encuentran aquí algunos que apenas o sólo de oídas me conocían. Para ellos, para los más jóvenes—a quienes va toda la inquietud de mi atención, llena de interrogaciones y esperanzas—yo no soy precisamente un recuerdo (aun cuando también lo sea en cierto modo), sino más bien una verificación: quisieran saber a lo que sabe el trato de Alfonso Reyes. Los libros pueden ser engañosos: hay que contrastarlos con su autor

responsable. A veces, lo que escribimos es sólo un desquite de la verdadera vida que llevamos. Han oído hablar de mí a los de mi camada, pero quieren convencerse por sí mismos. Quieren deshacer el mito y dar, en suma, con el hombre. Tienen razón.

Pero, aparte de estos motivos de carácter sentimental, tampoco se me oculta que el honroso festejo que me consagráis tiene otras causas. Habéis vivido, todos estos años, sometidos a rudas pruebas. La continuidad—base única de la cultura—la continuidad de vuestros trabajos era interrumpida todos los días por el sobresalto y la violencia. Los valores de por la mañana perdían su virtud por la noche; y más de una vez, en horas de desfallecimiento, pudisteis preguntaros si vuestros mismos ideales no serían algo como unos *bilimbiques* del espíritu, en que no se podían fundar promesas seguras. Lo peor es sentirse asido por la vorágine de las cosas exteriores. ¡Qué pocos se salvan! ¡Qué pocos se han salvado! Entre ellos, vosotros, a quienes yo, desde lejos, consideraba como se considera, entre la noche y la tempestad, al viajero que anda por el monte con una lucecita en la mano. Cada racha hace vacilar la luz, y hace temblar nuestro corazón. Tememos que el viajero se pierda o se quede a oscuras. Y tal vez nos esforzamos juntando las briznas que encontramos al paso, por alzar una fogata que le sirva de guía.

También yo he sufrido como vosotros, sobre todo durante la primera mitad de mi ausencia. Pero mis sufrimientos fueron ciertamente de otro orden. Mis mañanas de perplejidad; mis raciones de patatas económicamente distribuidas a lo largo de tres semanas; mis zapatos rotos; mis dimes y diretes para fijar precio a un artículo o a un libro, como quien vende y regatea peras en el mercado; mis noches de melancolía al acordarme de mi tierra y desear que no me olvidaran; mis últimos estremecimientos de furor contenido, al acordarme del gran incendio y las ruinas que me dejaba yo a la espalda; todo eso ¿qué importa, si por una casualidad que agradezco a mi suerte, pude salvar la continuidad de mi trabajo preferido, la lealtad a mi vocación?

De manera que vosotros, al recibirme otra vez en vuestro seno, saludáis y celebráis en mí, más que nada, ese espectáculo de continuidad que para vosotros hubierais deseado. No méritos míos, sino la mecánica de mi vida, determinada por condiciones ajenas, de que yo he sido hijo afortunado. Saludáis y celebráis, en fin, esta humilde aproximación al premio gordo que me ha tocado en la lotería. Yo no puedo envanecerme por eso. Ni tampoco sé sentirme avaro. Lo poco que alcanzo, lo que traigo, amigos míos, es todo vuestro.

He sido portador de un mensaje del Presidente del PEN Club de Madrid, mensaje cuya lectura habéis oído.